

Río de gelatina (fragmento)¹

EDUARDO ROSENZVAIG

El río es de gelatina viva.

Tiene consistencia lenta y pesada y marrón. Se lo advierte una masa coherente, moviéndose casi imperceptible sobre el cuerpo blando de los recuerdos formados como después de hervir huesos, pieles y raedura de almas.

Está al otro lado del río el coronel Fontana. Hablamos del coronel Jorge Fontana sin prismáticos, sin otra logística que un río como orinado por la vía láctea, por la basura del cielo.

Al lado derecho del río está el coronel sin dormir, porque hace cien horas, exactamente noches enteras con sus días que oye llorar. ¿Gemidos? Sí, con tanta definición como en el campo se escuchan a distancia ladridos de un perro, tres cuartos de legua. Aún por sobre el sordo ruido a gelatina marrón oscuro, casi roja con que se mueve el río, se perciben explosiones en seguidilla de géiser, esa suerte de volcán acuoso de sulfuros. Gemidos indefinibles. A veces gritos de un crepúsculo amontonado, que él oye a llantos largos como lengua de iguana.

El amanecer está enterrado cuando el coronel Fontana da la orden imperiosa de cruzar el río.

Las aguas, embolsadas. Él mismo, exhausto. En este río las aguas están vivas, sin preguntas y lentas. Cruzarlas, para los hombres del coronel supone irritar la voluntad. Los remos mueven la gelatina con algo a penitencia. ¿Y si en vez de

¹ Publicado por Editorial La Papa (2021), Colección Ecos. Edición al cuidado de Martín Aguerrez. San Miguel de Tucumán. pp. 25-32.

remos estos botes llevaran émbolos? ¿transmitirían la presión al agua de otra forma? Fontana, que es un coronel deshabitado de ejército siente que no hay absolución frente a tanta agua intencional. Desembarcan.

Tiene el agotamiento de un recién nacido.

Lo sabe al cauce sin virtudes, sin el dolor de haber pecado y sin el propósito de no seguir pecando. Hecho como de fuego negro. El llanto continúa oyéndose colectivo, próximo a un monte lejano. De algo doloroso se trata sin dudas, porque las voces se funden en un haz como si excitados seres de edades y sexos diferentes por una corriente eléctrica enérgica movieran sus nervios y músculos de animales doloridos. El galvanismo del acto aterrera. Algo tan superior a la naturaleza caliente de las orillas bajas, empantanadas, que ahora chapotea el grupo con el coronel al frente. Pero la costa, que siquiera es tal, se compone de miel, de opio, sustancias aromáticas y otras podridas y calmantes. Le parece al coronel Fontana un hospital, no a sus hombres que lo siguen nada más alzando las rodillas en el barro tras la huella toda vez más amplia y profunda del cansancio. Siguen un camino abstracto, proveniente de la estela de pechos colectivos, no de gargantas, en absoluto de gargantas. El río va quedando atrás: una banda de gelatina seca, una orla ancha de limo alimentado de muertos, ese espiral atornillado a las sombras.

El coronel y sus hombres están hundiendo barbas y botas en los helechos, criptógamas, plantas vasculares estridentemente verdes, y en ese vaho relativo o semejante al agua hervida del que cae un polvo seco de almidón, mezclado al cada vez más nítido canto de notas de diverso valor entre las que se distingue un grito arrastrado por la eruptiva voz de una mujer.

Empezó a llover amarillo. Lluvia de esta época, como yemas de huevo. Gotas gordas que, inclinadas levemente, cubren pastizales de albúmina y ese ánimo de los hombres empapados de génesis mala. Porque marchan empantanados hacia una sospecha.

El coronel Fontana lleva los ojos de coleóptero y el cuerpo dilapidado. El paisaje le impide cerrar los ojos. Los días pasados le impiden levantar en alto las botas para no enfangarse del todo, no sumergirse del todo seguido de sus hombres que, como es natural, no piensan, no inquietan el motivo de la marcha forzada, siguen órdenes del coronel y nada más. Eso es lo único noble y exacto que tiene la milicia,

las órdenes. Una construcción gramatical plena del sentido de no discutir incluso cuando algún superior asume la locura y se va nada más que detrás suyo a un precipicio donde, en el vacío, aguarda lo humano o una diadema de horror. Ni siquiera las huellas del coronel que desaparecen en el pantanal con que el río desborda en estos días cargando de fuego el aire, complican el mandato de seguir a su jefe, aunque estuviera loco o se trate del *fiat lux* en la filosofía cristiana del siglo anterior, un *Discurso del Método* pero ignorantes sus hombres de lo que siquiera significa método cuando se marcha detrás del hueco que deja un llanto empapado, allá adelante, cubierto seguramente de lodo oloroso, importándoles un bledo que el coronel al que siguen sea, antes que nada, un naturalista, tal vez un sabio embarrado por la necesidad de vivir como ellos. Un diamante sin luz.

En un país tan joven, antes de pensar es necesario matar a alguien.

Se están acercando más rápido al corazón abierto del gemido. Un órgano por momentos fibroso y en otros de grasa pura. Este soldado con cinco botones de menos en la chaqueta y una bufanda al cuello, de esas usadas para ahorcar fugitivos, pierde la cara en el barro. Se levanta mirando como si siguiera en un sueño mientras un mono pasa saltando a lo gato antes de dejarle una mordedura espumosa en el brazo.

Toda esta cantidad desdichada de agua no tiene entendimiento. Por momentos se trata de un cielo verde sobre los ojos del coronel, y por momentos es una fábrica de gritos a lo lejos, alargados con espíritus de metal fundido, más gusanos cilíndricos implantados sobre la piel provista de papilas y largos filamentos que segregan moco. El coronel Fontana se va recuperando según el vocerío aumenta; se sobrepone al agotamiento y al chaleco pegoteado sobre la camiseta rota. Deja de verse el río atrás si uno gira la cabeza. La picazón en los pies del coronel es insoportable, sin embargo. El río crea estas condiciones de los pies soldados a las bacterias, a esos microbios unicelulares agarrados como bastoncitos o esferas a la desesperación de la planta del pie. Hay mohos sobre la piel y otros al interior de las botas mojadas. Los microbios del río imparten condenas a quienes necesita expíen sus delitos sin que enmienden o mejoren gran cosa. Festeja el agua la estupidez del naturalista que marcha detrás de su asombro, y le toca la nuca con su intuición sagrada. Todo el paisaje se ve adornado de hojas podridas, de flores enjauladas,

frutas venenosas hasta para las bestias, pájaros extremadamente melancólicos, semillas que no existen, como si el coronel o naturalista estuviera ante las puertas de un templo donde se celebran las cabezas de víctimas sacrificadas. Como naturalista sabe que cuando la masa de agua del río enloquece y desborda con un nudo de dolor, es mejor no hallarse cerca. Los soldados ni lo intuyen, lo sufren. Los soldados ofuscados tras el coronel Jorge Fontana, Luis Jorge Fontana, que lo siguen como a un tipo que está de remate, no demasiado diferente a ellos mismos después de pasar años ahogados sobre las orillas del río de gelatina. Demasiado olvido atrás, se diría, para tantos gemidos adelante.

La tropa se abre como un rizoma carnoso y rastrero sobre el pantano, se extiende en maniobra de batalla, y a los hombres le salen pedúnculos terminados por inflorescencia de bayonetas caladas, como si estuvieran formados con flores de un solo sexo.

En esta marcha de barro hacia el corazón de un llanto, totalmente desconocido, el coronel Fontana advierte que su vida fue un error.

Marrón, lento y pesado error.

Pero se adiestró en no lamentarse junto a una vida marrona, lenta y pesada. Toda equivocación es positiva para la ciencia siempre y cuando no sea sistemática, es decir proveniente de causas permanentes como un método experimental deficiente o un dogma a priori. Sin embargo, son tantos los errores en su vida que sólo es posible tratarlos con una teoría de ellos mismos, estableciendo que cuando la cantidad de números considerados sea suficientemente grande, los errores se compensarán. El coronel Luis Jorge Fontana cree, injustificadamente y lo sabe, en el valor objetivo de la representación que su infancia tiene en él. Nació en una frontera. Vivió en una frontera. Le tocó hacer de bogavante, primer remero de cada banco en las galeras, es decir quien daba ritmo a la fuerza, quien hacía de límite entre la pampa y la nave. Su padre fue un hombre del tirano Rosas, por eso la derrota de Rosas llevó a la familia Fontana a la frontera más inmoral de Buenos Aires, Carmen de Patagones, cuando la vida del niño recién empezaba. Téngase en cuenta que lo inmoral residía aquí en la naturaleza misma de la lejanía. Centenares de leguas al sur, límite entre nadas. Un campo entre indios, el destello del sol, y la

soledad. No había cuerpos sino lenguas de fugitivos y una pampa donde todo era abstracto salvo el horizonte. Como una ventosa gigante era el horizonte. Hijo de un fiel al Tirano, derrotado pues por la razón, por la historia, por los sentidos humanos, por este lugar que ni siquiera era un campo de batalla, su existencia infantil no empezaba como número de cálculo uniforme sino de la raíz de 2, es decir un número universal de cifras decimales. El universo pero después de la coma. ¿Qué le quedaba allí en medio de la pampa de indios que no se sabía si amigos o enemigos, entre bandidos, desertores, soldados derrotados medio aindiados, oficiales rosistas, hombres expulsados del paraíso de Buenos Aires por formar filas con el Tirano que ahora gozaba de una paz inglesa? ¿Qué le quedaba en este horizonte plano, rodando como con cilindros de hierro, de patas articuladas agarradas al tórax de los sobrevivientes y falsas patas arraigadas al abdomen del lejano Buenos Aires? Le quedaba consultar un solo libro leído dieciséis veces, la *Historia natural y moral de las Indias* del misionero español José de Acosta, en el que invertía todas las tardes de la adolescencia que atardecía temprano, sin aforismos, leyendo las siete partes del texto donde dos serían toda la historia natural y tres la historia moral y costumbrista de los indios del Perú y México, a los que el muchacho comparaba con los salvajes que tenía delante suyo, pero sin mencionarse en el texto un solo hecho de conquistadores y evangelizadores, era algo raro, nuevo, donde todo lo natural era contrapuesto a lo sobrenatural, la naturaleza luchaba contra la gracia, la ley contra el milagro, lo previo al hombre contra el lenguaje teológico, las flores se esforzaban por no entender la máquina de vapor. El libro tenía tres siglos, pero a él se le ocurrían unos pocos días. Le quedaba ingresar a los trece años como cadete en la comandancia de Río Negro. Un río que ni siquiera era Negro. Los cuadrados de los errores residuales se van sumando en el cálculo de probabilidades, de manera que a los catorce años pidió la baja.

Ya era un hombre sin niñez. Un militar sin escuela. Paisano sin ciudad. Adulto sin risa. Un texto de historiografía indiana sin conquistadores ni curas. Un río sin agua. Lo iba pisando el olvido.

Un error fortuito le sirvió para transformar sus condiciones de bogavante sobre una tierra semisumergida en la horizontalidad patagónica. Necesitaba ser policía. Si quería estudiar la naturaleza no humana, porque la humana –producida de imponderables– siempre es peligrosa para los olvidados, ser policía era la única ma-

nera hallada para desembarcar en la ciudad donde se edifica la ciencia, Buenos Aires. Tal cual. Pidió la baja militar para acercarse al sueño de estudiar, de montarse a los hombros de un laboratorio o un archivo hombreado laboratorios. ¿Pero ser policía? Sí, cualquier intento de la ciencia necesita en estos países del uniforme, cualquiera pero sobre todo del más barato y fácil, el policial. La curva de Gauss, bajo la forma de una campana estaba en él que quería estudiar la naturaleza sin que se correspondiese al vértice o valor más probable, sino a la dispersión más o menos grande del resto de la curva. Allí estaba él, en esa dispersión formal de la campana de Gauss. En el vértice ser cualquier otra cosa que no fuese su pasión naturalista. Por ello es que la guerra contra el Paraguay lo estambró a los efectivos de la armada. Trató de descubrir allí algo como un río en aquellos ríos y se trenzó a cañonazos y fusilazos de barco a barco, de barco a orilla en combates fluviales sobre el Paraná y sobre el Paraguay, pero para hallar alguna escala en las especies donde entrara su deseo de formar un patrimonio de libros que acercara a la idea de que nosotros, por nuestra sangre, tejidos y cerebro, pertenecemos a la naturaleza, no a la guerra. Se casó con una muchacha llamada Clemencia. Volvió a pedir su retiro para conseguir trabajo en el museo y, bajo la dirección del naturalista alemán Germán Burmeister, siguió la carrera de naturalista durante tres años, preparando piezas y realizando cinco viajes a la costa patagónica para la institución, tanto que el alemán, por esa dedicación de su discípulo, empezó a sospechar que Fontana no sería un nativo o bien que sus padres pudieron ser elocuentemente alemanes.

El discípulo hablaba en voz tenue, según lo aprendido en la pampa para no inquietar al cielo, pero en cuanto lo despacharon a las junglas del río Paraguay eso no funcionó, allí la confusión con los animales hacía hablar agudo, alto, subido, incluso elevando más la voz hasta el grito y su tono se perdía, incluso sus órdenes a veces filtraban un líquido tibio, como de piel rugosa y gastada.

La noche de bodas Clemencia cerró con tres candados las llaves del alma. No obstante, lo miraba a él dulce y tangerina. Él pensó: cuando amanezca se le abrirá la sombra como un párpado.